LA TARDE DE LORCA

AÑO XXI | NUM. 5.413

DIARIO FUNDADO EN 1909 | DIRECTOR J. LÓPEZ BARNÉS | REDACCIÓN: AVENIDA DE LA ESTACIÓN, LETRA D. BAJO | MIÉRCOLES 16 ENERO 1929

ESTE NUMERO HA SIDO VISADO POR LA CENSURA

DEL TIEMPO VIEJO

LA CALLE MAYOR

PARA LUIS MONTIEL

Eran muchos, en efecto, los maestros constructores de carros que existían por aquella época en el barrio de San Cristóbal.

Eran conocidos estos maestros con el nombre de «aperadores» y no de carreteros, tomado del verbo «aperar», o sea, construir carros para el servicio agrícola y aperos de labranza. Y así era, pues en estos talleres, establecidos en su mayoría en la antigua calle Mayor de Arriba, hoy de Eulogio Periago, y Plaza de los Carros, lo mismo se construía el carro de violín o de «a par»—por tener una sola vara—que el carro de reata, dotado de dos, como se hacían arados, tipo romano, trillos, palas, azadas, volquetes y demás instrumentos de labranza.

¡Cuántos años ha que perdió su típico carácter aquella simpática calle Mayor de Arriba, tan amplia entonces a nuestros ojos! ¡Qué movimiento en aquella vía! Carros y carretas en construcción a las puertas de los talleres. Los albardoneros y guarnicioneros exhibiendo sus mercancías; el contínuo discurrir de huertanos, campesinos y trajineros, huéspedes de los varios paradores y posadas, situados en la misma calle; las voces de los vendedores ambulantes; el chalaneo de los gitanos patilludos, que a la puerta de un parador tratan la venta de una vestia con un grupo de huertanos; la recua que desfila tras el cencerro del liviano que ajusta su marcha a las voces del arriero; y entre aquel ir y venir, rumores y gritos, el incesante y metálico martilleo de los herreros que, cubiertos con el grueso mandil de cuero, ennegrecido el sudoroso semblante, golpean a compás, din don, din don, din don, sobre el hierro al rojo que soporta el yunque, mientras el pillete del aprendiz, arremangadas las mangas de la sucia y deshilachada camisa que, abierta, muestra el pecho moreno del adolescente, erguido sobre una tarima, para dominar los fuelles de la fragua, les hace funcionar como si un viejo y enorme acordeón manejara entonando con argentina voz un cantar picaresco, en tanto que del rojo seno del hogar ardiente, brotan chorros de luz como polvo de estrellas que iluminan el fondo tenebroso del taller de herrería.

¡Oh, típica y pintoresca calle de mi viejo barrio, tan llena de animación un día! ¡Tu rumor de colmena poblada por avejas laboriosas, era rumor de vida, el himno cotidiano del trabajo naciendo con el alba, hasta eutinguirse en alas de la brisa que anunciaba el ocaso de la tarde!...

¡Días de mi infancia lejana y amarga! A través de los años, despierta mi memoria para recordaros, como se recuerda un sueño que dejara sus huellas indelebles grabadas en un alma atormentada!

Tiempos de mi niñez, de mis sueños rosados en batallar perpetuo con realidades tristes, al evocaros hoy, sois los confortadores de mi acosado espíritu que aún alienta brioso, que no desmaya nunca, porque ha sido forjado a golpes del destino, como aquellos herreros forjaban sobre el yunque el hierro endurecido.

✿

Quiero, al recordar lo que fué el arrabal de San Cristóbal en los tiempos pasados, sacar del olvido en que duermen aquellas generaciones de hombres laboriosos, que constituían, modestos y callados, el nervio, el alma, la vida de la antigua Ciudad del Sol. No hubo voces que los estimularan, no tuvieron consejeros ni protectores... Dormía la ciudad poblada por la gente curialesca siempre abierta la garra; por hidalgüelos de gotera que, pagados de sus pergaminos, eruptaban aristocracia; por dueños de predios y fincas extensas, adquiridas con la usura; por políticos venales, a quienes nada les importaba el pueblo...

Sí; las diferencias de carácter, de vida y de costumbres por aquellos años entre los habitantes del barrio de San Cristóbal y los de la parte céntrica de la población, eran esenciales; tenían que serlo; debían de serlo. Aquel mal disimulado antagonismo entre arrabaleros y chupatintas, tenía, en cierto modo, justificación.

JUAN DEL PUEBLO

DOCTOR ANTONIO ROS

Oculista

EX-AYUDANTE DEL DOCTOR POYALES
EX-MEDICO AGREGADO DE LOS HOSPITALES DE SAN JOSE Y SANTA ADELA Y DEL NIÑO JESUS, DE MADRID
EX-PENSIONADO EN LA INDIA Y EN EGIPTO.

CONSULTA DE 11 A 2 SAGASTA, 13

CARTAGENA

A la memoria de Cegarra Salcedo

Horas de dolor.-Violetas

Hace un año que murió Andrés Cegarra Salcedo, el atleta espiritual que, en un avatar de amor a todas las cosas bellas, desde la cárcel de su cuarto, donde el dolor le tuvo recluso miliares de días, movilizaba todas las actividades literarias de la región y hacía una labor cultural más digna de un titán que de un mozo enfermo incurable...

Hace un año que se apagó como una llama aquel cerebro prodigioso y dejó de latir aquel corazón gigante. Para los que fuímos sus íntimos, hoy es un día de meditaciones y de recuerdos imborrables; y al rememorar sus ingentes bondades y pensar que ya no existe, sentimos en el corazón como el trallazo de una fuerte corriente eléctrica que nos hace vibrar...

¡Pobre Andrés!

Ya no vamos a tu celda de mártir a deleitarnos con tu charla cordial y cariñosa, ya no vamos a aprender de tí como se maneja ese inmenso «teclado de piececitas de marfil, blancas y negras, que es el idioma» del inmortal Cervantes; ya, tu ingenio, saturado de quejas y de amores, de amarguras y de esperanzas, cesó de ofrecernos flores; y tus amigos, cuando queremos dialogar contigo, hemos de recurrir a tus libros, esas poesías sin ritmo que arrastran en la prosa los eslabones quebrados de versos que riman maravillosamente en la región de las ideas; tus libros, que son leídos con unción y guardados como reliquias en los rincones perfumados en que se conservan los más tiernos recuerdos...

Hace un año que al santo de «Mineda» le brotaron alas y cabalgando sobre «el lomo de fuego de una estrella errante», voló sobre los valles hondos y la llanura inmensa de los mares inquietos, sobre las nubes y los vientos. «Y más arriba, hasta los luceros de la noche. Y más arriba, y más arriba aún, hasta llegar a los pies de Dios qne le dijo con una voz suavísima:

—Acércate, hijo mío...»

¡Pobre Andrés!

Y al pensar ofrendarle un recuerdo de amor en tan tristísimo día por conducto de estas amadas columnas de «El Porvenir», vacilamos cual será más adecuado; porque para llevar a tu tumba, querido amigo, una ofrenda digna de tí que eras un artista excelso que hasta en el dolor veías belleza, sería preciso atrapar el canto de un jilguero en la enramada florida del huerto, el quejido de las cuerdas de un violín, la música inefable de una estrofa del Dante recitada por «una voz de plata, de cristal y de fuente»; pedazos de luna, hebras de sol y manojos de estrellas; la divina endecha del Mediterráneo, «que tiene a veces blandos ritmos de canción de cuna», lágrimas de madre, suspiros de mujer enamorada, o la belleza sublime, cantada por ti de modo insuperable, de «leguas y leguas de mar, de mar y cielo. .Una gaviota, el humo de un buque que la lejanía esfuma, la nítida mancha de una vela latina, y mucho azul arriba, y mucho azul abajo, como dos espejos que se miran.»

Y atrapar todas estas cosas para trasmutarlas en literatura, solo está reservado a los artistas como tú que en el avión del pensamiento cruzabas todos los espacios. Pero siendo un deber, que no podemos declinar tus amigos, ofrendarte hoy un recuerdo, yo hago estas líneas que titulo «Violetas» porque aun cuando no tienen ni muchísimo menos, la belleza de tan delicadas flores, son humildes como ellas y a tí llegarán, inolvidable amigo, con perfume más embriagador aún que el de las que da la tierra, porque las pongo en las manos tan amadas por tí de tu familia a quien acompaño en su dolor de hoy y de todos los días...

ENVIO

Compañero y amigo «Juan del Pueblo»: Su crónica, su magnífica crónica; en honor de la memoria del exquisito orfebre que cinceló «Gaviota» me ha llegado a lo más hondo del alma. Yo agradezco su valiosa adhesión a la empresa de amor al inolvidable Andrés; y agradezco también, las tan cariñosas como inmerecidas frases, que tiene para mi pobre artículo y para mí. Y como la bellísima y sentida crónica de usted merece contestación, yo se la prometo para otro día. Hoy no nos es dable más que tener lágrimas por el mártir amado. Después... Después, los amigos de Cegarra Salcedo, sacudiremos el rosal de nuestra devoción a el y como todavía existen corazones donde la punzada producida por su muerte aún no ha cicatrizado, ¡ya verá usted cuantas y que bellas rosas caen para que su memoria sea honrada adecuadamente!...

ALFONSO MARTINEZ

(De «El Porvenír» de Cartagena).

ELEGANTES

En la conocida Sastrería de Miguel Cantos se acaban de recibir los últimos modelos de trincheras, gabardinas y trajes.

Como regalo al público, esta Sastrería ofrece abrigos de caballero, de buen paño y esmerada confección, desde cuarenta pesetas en adelante.

¿Quiere usted comprar barato?

visite la conocida y acreditadísima

ZAPATERIA VALENCIANA

y encontrará en ella lo más estupendo en calzado para caballeros, señoras y niños a precios completamente económicos.

Artículos de primera calidad fabricados exclusivamente para esta casa a precios sin competencia

Siempre las últimas novedades

ZORRILLA 1.—LORCA

PLUMAZOS

¡Caballeros, qué asombro!

Nuestro querido colega «La Voz» de Madrid, nos larga de vez en vez cada información que atortola.

La de ayer es horripilante.

Dan ganas, para referirla, de invocar el auxilio divino como en los romances viejos.

PRIMERA PARTE

A la Vírgen del Socorro
le pido que me dé aliento,
para poder relatar
el más tremendo suceso,
la desgracia más enorme
que vieron tierras y cielos...
Era ya noche cerrada;
aún al recordarlo tiemblo.
En una casa enclavada
en el barrio de San Pedro,
calle de la Torre, cinco,
principal, con entresuelo,
seis pisos más y guardilla,
en fin, todo un rascacielos,
más de sesenta personas
se hallaban velando a un muerto,
en uno de los salones
que mide sus veinte metros.
Al llegar aquí, me falta
la voz; no puede mi acento
decir lo que allí ocurrió;
pintar el caso siniestro,
porque mi lengua se seca
y tiemblan todos mis huesos.

SEGUNDA PARTE

No habían sonado las nueve
en el reloj de San Pedro,
cuando se hundió de repente
del salón, el pavimento,
arrastrando en su caída
a cuantos estaban dentro.
Oscuridad, gritos, voces
de auxilio; pronto acudieron
otros vecinos del barrio
y se empezó el salvamento.
Los que vivían en los pisos
cuarto, quinto, sexto y sétimo
por ventanas y balcones
se descolgaban huyendo.